

FRAKNOS

JUAN PABLO PICAZO

Y LA BRUJA



LENGUAdeDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL

Fraknos y la bruja

D.R. © 2020 Juan Pablo Picazo

Foto de portada: Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2020 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición septiembre 2020 en plena pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

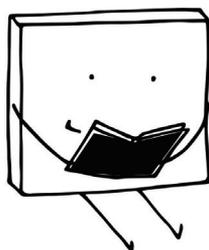
SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

FRAKNOS Y LA BRUJA

JUAN PABLO PICAZO



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL



Fraknos y la bruja

I

Hace frío. Mucho. Fraknos lo sabe y ha cerrado bien toda su casa. Se ha ocupado de que la familia tenga cobertores suficientes y ropa adecuada. Recorre la casa, y satisfecho de que todo esté en orden, se acuesta. Apenas ha puesto la cabeza en la almohada, cuando el calor lo obliga a levantarse. ¿No había cinco grados Celsius o menos allá afuera? ¿De dónde ha venido ese calor infernal que le hace primero patear las cobijas y luego sentir incluso un dolor extraño en la piel, como si se la arrancaran?

Se levanta un tanto airado.

De pie, mira extrañado que se encuentra en medio de un campo. Cae la tarde, un mortecino sol verde en medio de un cielo amarillo pálido, le desconciertan. Nunca ha creído en marcianos ni en la vida en otro planeta, eso no fue lo que sus padres le enseñaron. Pero algo por lo menos muy loco está pasando. Apenas hoy ha discutido con los amigos, ha ido de compras con su familia, ha visto las noticias... le gustan las noticias, lo ubican, le dejan saber que tiene un lugar en el mundo. Que puede opinar, que hace lo suyo para cambiarlo todo. Es un hombre con los pies bien puestos en la tierra, como decía su madre.

Pero ahora su casa se ha ido. No está a salvo en la tibia oscuridad que le hace feliz con el concierto de respiraciones que da su familia, rítmicas, seguras, felices a su manera; esas respiraciones que volverán al ritmo diurno cuando el sol llame de nuevo.

Si llama otra vez.

II

Entonces la ve. La bruja flota cerca, avanza con actitud de búsqueda. Lo mira, pero no lo ve. Lo ha descubierto pero no lo precisa. Fraknos se queda inmóvil y teme lo peor, pero no puede huir. Ella se acerca, mueve su rostro, sus narinas se dilatan ostensiblemente como venteando, saca una lengua bífida que entra y sale innumeradas veces, probando el aire.

Su corazón golpea cada punto del cuerpo. Lo siente en el cuello, en las manos encogidas, en el vientre que se le ha contraído, en las sienes, en las rodillas que comienzan a doler por la tensión.

La bruja se le acerca. Demasiado. Pasa de largo. Fraknos no puede evitar estremecerse al observar que lleva en una mano un saco pequeño con lo que parece ser una cabeza. El sudor le corre por la espalda y las sienes, le cubre la cara y las manos.

— Te huelo. Te siento. Le dice casi amorosamente, tierna, susurrante. — No soy ciega, pero te escondes bien entre las cortinas de los mundos. Yo misma no puedo hacer eso. Hago otras cosas, muchas, ven a que te las muestre. Su voz se hace cada vez más íntima, seductora, como la voz de la mujer deseada que ha resistido mucho tiempo y por fin se da. — Voy a ir por ti.

A su pesar, Fraknos, tiembla. Parece haber olvidado que es policía, y en ese momento le importa más lo que sabe, y lo que sabe y no sabe cómo, es que debe recoger tantas flores como pueda de las que crecen en el campo por el que se mueve, sus pétalos son pequeñas llamas, y su aroma confundirá a la Bruja, le dice algo que no es una voz, algo que está dentro de sí mismo.

Llena su propio saco con ellas —¿Cómo es que lleva un saco?— y sigue caminando. Debe caminar. No sabe para qué ni cuál es su destino. Sólo tiene claro que debe caminar, y prefiere hacerlo en di-

rección contraria hacia donde vio marcharse a la bruja. Lentamente el campo se hace menos denso, las flores de lumbre comienzan a escasear, y el sol es apenas una cresta en el plano horizonte.

III

La noche llega. Sucia. Seca. Roja.

Algo le inquieta. No sabe qué es. Siente que pasa algo raro pero sigue caminando. Hace frío pero agradece que lleva el uniforme de invierno puesto. el chaleco antibalas sobre el resto de las prendas. Extraña su bufanda, pero sentir el vaivén del arma reglamentaria lo serena. El sol ha desaparecido y entonces entiende qué es lo raro. No hay luna, ni estrellas, ni vía láctea, ni otros planetas o pequeñas luces en el cielo, y todo calla. Debería oírse toda clase de sonidos de los animales nocturnos, pero no. Hasta donde alcanza a ver, el suelo todo es arena, y está caliente todavía. Aquí y allá ve cosas que se mueven debajo de ella, como peces agitando el agua; una o dos veces un par de cuernos que van dejando un rastro regular y luego se hunden en ella, toma nota de no acercarse demasiado.

Sigue andando, no puede parar, menos en medio de la noche. Más adelante la bruja vuelve. Lo llama, tantea a ciegas con sus manos, ventea ansiosa el aire. — Aliméntame, tu carne y tu sangre calientes me permitirán arder por muchos siglos con una magia nueva, ya no seré como los otros espectros de este mundo, no olvidaré tu sacrificio, honraré tu memoria mientras mato y como las insípidas criaturas de este mundo y los más cercanos a los que puedo ir.

Fraknos lleva la mano al arma, pero cambia de idea. Saca una de las flores que recogió y la pone en el suelo. La bruja flota desconfiada hacia ella y la orbita durante largo rato. Aplaude y se deleita mirando muy de cerca aquella corola ardiente. Fraknos se marcha

sin pensarlo. Sigue andando siempre en línea recta, sabe que ha avanzado mucho, pero ignora dónde está. sus pies pisan una arena fina, rosada, y el viento helado corta su cara, amenaza con tirarle la nariz y las orejas. No sabe en qué punto se tira al suelo de cansancio. Sabe que si se duerme morirá congelado, o comido, pero no puede evitarlo, su corazón martillea con un ritmo muy agradable, lento, armonioso.

La bruja vuelve, tiende las manos como una mendiga, las agita como una ciega. Deambula cerca de él moviendo su serpentina lengua, le promete amor. Le jura que lo saboreará como es debido. Le promete que paladeará cada gota de su sangre y morderá con placer su carne para que su muerte sea lenta, dolorosa, artística y maravillosa. Le promete honrar su sacrificio con canciones, anécdotas y grandes ceremonias.

Fraknos se levanta, pero el sueño es mayor. No puede ponerse en pie, y sólo consigue revolcarse en la arena, la fricción calienta su espalda y sus párpados se cierran mientras cae una suerte de bruma dentro de sus ojos y su pensamiento. Se alarma, es como si lo hubieran drogado. Algo le dice que es demasiado tarde, que ya no puede hacer nada. A lo lejos la bruja canta con una voz dulcísima y triste, persuasiva. Ella lo necesita. Sin él podría morir, le dice en la salmodia.

Saca el revólver, prefiere morir por propia mano, que dejarse comer. Sin levantarse, arrastrando los miembros en la arena, lo coloca en su sien con firmeza y respira fuerte. De pronto cambia de opinión, con mucha, muchísima prisa, saca las balas y llena las recámaras con los fogosos pétalos, los retaca.

La voz ansiosa, magnífica y anhelante está más cerca. No sabe lo que hace ni por qué, luego vuelve a tumbarse, y espera la muerte o la fortuna. La oye, su canción es magnífica. Su vestido y sus pies

flotantes susurran sobre la arena, la sabe cercana porque ya despi-
de un olor a sangre seca, a cosa húmeda y podrida, y se abandona.
Está muy cansado, cuando está a punto de cerrar los ojos, la bruja
aparece sobre él y se le abalanza hambrienta, bestial y lujuriosa. Le-
vanta el arma, clava el cañón en esa frente dura, y dispara.

La cabeza de la reptiliana mujer se incendia y grita dolorosa-
mente. Su cuello se alarga como si en realidad fuera una serpiente,
sus manos lanzan rasguños ponzoñosos a diestra y siniestra, y
patea en todas direcciones, se eleva unos metros por el aire y gira
contorsionándose y gritando en una lengua extraña: — ¡Mw nof ka
ygflo haracele daj szingerere!

Fraknos se siente como un maldito por causarle ese dolor ¿No es
acaso como cualquiera, que sólo quiere comer y seguir viva? ¿Es lo
suyo legítima defensa? Mientras lo piensa, descarga los diez tiros
sobre ella hasta convertirla en una antorcha de reluciente lumbre
carmesí que se agita ya en la arena y se arrastra, antes de irse a ne-
gros, finalmente vencido por el embrujo, observa la llegada de unos
festivos y diminutos personajes que bailan de alegría alrededor del
despojo ardiente que ya no grita, pero que aún se retuerce entre
muy breves gemidos.

Sus ojos se cierran, los ruidos van apagándose.

Absith en Ventira

Para el Lorsac Roe'Fuiag

[Duo] Y cada décimo dayo, cumplida su tarde, todo mannio y muliera han de parecer en la Iltérida. [Trino] Ninguno de triba ninguna, debe faltar por causa cualquiera.

[Quotauro] Mandoblianos fainderos vigilarán las calles de la Media Urbidad [Quintiel] y quien fuere sitado en lugar distinto que la Iltérida, será fatigado con penuria creciente.

*Versario Iltérico
Primo bukro, versal duo, trino,
quotauro y quintiel*

I

Ella. El Husmoque. La Niéfoga Prohibida.

No evita a los mandoblianos fainderos. Pasan cercanos. Los mira con calma. Ellos deambulan. Andan blandiendo sus amenazantes, luengos estoques. Hurgan por las desoladas calles buscando encontrar desertores de Demuirgis, de su augusta parola, contenida en el Versario Iltérico. Criminales de la fe que burlan el silencio del décimo dayo.

La Nulia. Ella. Los asombrados mandoblianos.

Ella está quieta. La Niéfoga Prohibida se regodea de sí. La Nulia la observa. Ella concibe pensamientos hartos densos, como el husmoque de Absith que recuerda. Y la Niéfoga Prohibida tan cerca. Y Ella tan triste. La Nulia casi puede tocarse, como se hacía con aquel husmoque que quemaba más las manos que la garganta, que de-

jaba más marcas sobre la piel que en los ojos. Los mandoblianos se alejan, como también hizo el husmoque aquella vez: sin irse del todo.

Estar en las postrimerías de la Media Urbidad ya es de suyo una aventura, más tratándose de un décimo dayo. El asunto es además, cosa de castigo ejemplar si alguno de los miembros del destacamento faindero se decide a prenderla. A unos cuantos pictrianos puede mirarse La Nulia.

Ella espera. La Nulia aguarda siempre.

Ella desea La Nulia. Atravesar lentamente La Niéfoga Prohibida. Ella que llegó refugiada de una Absith agonizante. Ella, tan semejante a La Nulia. Tan parecida a La Niéfoga Prohibida. Tan cordialmente rechazada. Tan arteramente acogida por los hijos de Ventira que no la han desposado, que cortésmente le niegan oído, le dan en sus leyes interdicciones diversas.

II

Ella trajo la Nulia. Eso juran los jóvenes de Ventira. Atestiguan que antes de Ella, en lugar de La Nulia, un vasto páramo se extendía y, si bien ya no pertenecía al Imperio Panitánico, era cultivado por esclavos de Ooth-Nargai, la ciudad inefable, protectorado de la entonces muy poderosa Ventira, guardiana de las puertas del norte, hoy apenas una Media Urbidad.

Entonces cayó Absith.

Entonces Xinaj'aan el Imperio del Mundo de la Luz Azul, cuya cabeza era Tsath, se apoderó de casi todo el Imperio Panitánico y su

hermosa atmósfera granate, que le había dado el nombre de Yoth o Mundo de la Luz Roja. Ella llegó. Ella pidió refugio. Sola. Única. Buscaba consuelo. Era nacida de las purpúreas arenas de Absith. Ella vive en Ventira. Ella vino de Absith. Desde entonces, la Niéfoga Prohibida.

Dicen que trajo la Nulia.

Los viejos reniegan de aquello. Ella no es la Nulia, si bien su piel parece hecha de ella, y más que otra muliera cualquiera de la Media Urbidad, debe velarse en los amplios celajes que las buenas costumbres dictan en El Bukro de las Mujeres Octóno de orden en el Versario Itérico, no trajo Ella La Nulia. La Nulia ya era.

Estaba desde el principio.

Es más, no hay bukro histórico del Versario Itérico, ni bukro apócrifo, en que se hable de Ooth-Nargai, la ciudad de los rubios mares antaño llamada Dársena Kim'Erah.

La Nulia es desde que Ventira no era ni aún un cimiento aislado. Ella, aunque se diga, no trajo La Nulia. No pudo cargarla en la espalda. Sus manos no habrían podido contenerla. No. Ella no pudo, no puede. Ella no trajo La Nulia.

Era que La Nulia manaba desde el origen de todo.

Los mandoblianos la miran. Ella se tiende en la tierra ubérrima para acordarse de Absith, la ciudad de jadeita carmínea. Ven que La Niéfoga Prohibida se acerca a Ella. Nunca demasiado. Dan unos pasos atrás, por si acaso.

Ella tendida en las piedras planas.

Los mandoblianos la acechan como sierpes secas. Ella se baña en el aire, en la fresca, detenida negrura que linda con La Niéfoga Prohibida. Ellos se miran las manos ociosas. Se callan.

III

Dicen que más allá de La Nulia viven las Tribas de Ferrio, que todos sus mannios y no pocas de sus mulieras tienen corazas erizadas de dagas y que llevan en la mano dextra cruces punzo-cortantes y en la sinextra, sus dedos ínindex y nimius terminan en venenosos colmillos.

Ella cree que todo es una jácara inventada por los Mendacios para evitar deserciones masivas de Ventira, la Media Urbidad. El Oldovaternio, quien es además el Mendacio mayor, ha dicho en ocasiones incontables, que fuera de la Media Urbidad y su gemela Geriáth, antigua capital del Imperio Panitánico, sólo existe La Nulia.

Ella suspira. Nunca ha visto un ferranio tribal. Nunca volvió a ver a un absithino. Pero ha vuelto a ver el husmoque, y el husmoque está detrás de La Nulia. El mismo rojo feroz ondulando rizado en medio del negro profundo de ábsides inalcanzables. El mismo aliento salpicado de llamas estáticas, de lumbres que danzan sin ganas sobre lo que lerdas consumen.

IV

Ella no siente miedo al mirar a La Nulia. La Nulia es distinta si no se la ve desde el odio. Desde el rechazo constante. La Nulia se hace apetecible más que los olvidados banquetes de Absith, la exquisita. Ella también es banquete, aunque no hay hombre en Ventira que quiera deglutir sus manjares, tristemente silenciados bajo las groseras túnicas que impone la moda ventiresa, temen a su piel casi incolora, a sus ojos de iris dorado.

Los hijos de Ventira le temen a todo.

Vivir en Ventira. Padecer en la Media Urbidad los álgidos inverna-
rios, llenos de ventisca gélida y cortantes copos. Las vaporosas
quietudes de la vernalia, cuando el calor es el aire cuajándose en la
nariz. Contar los dayos. Gustar de la libertad de nueve y la cautivi-
dad del décimo. Asistir a la Itérida con el único derecho a singir y a
la endecha. Ella no alaba a Demiurgis.

La Itérida. Atardecer de cautiva. Respetuosa de quienes la han
acogido, yace cara abajo hasta entrada la noche. La voz del Oldova-
ternio admonitorio unos instantes, colérico otros, se le diluye en el
alma. Ella que ha oído la voz de Ju'Anpá, Dios entre dioses. Ella que
ha huido viva de los hijos de Cthulhu.

El Oldovaternio citando versales de cada bukro, de cada Co-
dexio, instando a cada cohorte a singir alabanzas a Demiurgis de
Ventira porque el mundo no existe. Predica. Gobierna.

No más, piensa Ella. Los mandoblianos merodean indecisos.
Ella, la muliera sin cohorte, debiera sitarse en la Itérida y vulne-
frecir como cuál más. Así no sufrirían dudando sobre prenderla o
esperar para ver si ingresa en La Niéfoga Prohibida y anunciar que
oficialmente, no existe más. Aunque volviera. Porque ella sabe que
los venidos de La Nulia no son. Los llegados allende La Nulia, no
existen aunque parlen y marchen. Eso dice la ley de Ventira.

V

Recuerda el husmoque. Era un hálito espeso y flemático, negro en
medio del apacible y perpetuo rojo célico de Absith su urbididad na-
tal. Sabe que Absith, después del ataque de los mandoblianos xi-
naj'aánicos, ya sólo es leyenda y que aún cuando Ella es y saben que
ahí nació, los hijos de Ventira dudan que tal urbididad haya existido
jamás. Pero Absith era la copa de oro del Imperio Panitánico.

Los vencidos son siempre borrados del orbio. Ella llora, siempre lo hace cuando piensa en Absith, la poética. En la Media Urbidad la tratan casi como una fantasma. No creen que Absith, la hermosa, llena de fuentes, pregones y embarcaciones, haya existido. Acaso por eso no haya un mandobliano faindero que quiera atraparla en la falta del décimo dayo y abrir sus entrañas o entregarla a los Mendacios para un espejuicio.

La Nulia la aguarda. Si hubiere de cruzar como espera, su paso será lánguido, despreocupado. Lleno de majestad como el de una imperatrix, como aquellas de las que aún se recuerda en los Comentox del orbio que ya no es, obra de su paisano Gaad'Tarix a quien se tiene por un personaje ficticio poco confiable. El único bukro que ahora se lee en Ventira es el Versario Iltérico, donde todo es La Verdad.

La Iltérida. Ella. La Spirasancta.

El cansancio ha llegado, como otras veces. Hoy es definitivo. No más Iltérida. No más velo. No más espalda encorvada recorriendo con lentitud la Spirasancta, el camino que guarda el acceso a la Iltérida, bordeándola. Se camina ceremoniosamente por él hasta alcanzar la puerta, luego de pasar doce veces delante de ella.

No más. La Nulia es fiel, aguarda.

No hay camino. No, no parece haberlo. Ella andará La Nulia sin seguir un camino. Si lo hiciere, pisará tierra de Tribas Ferranias y gustará sus pieles metálicas, sus colmillos falángicos envenenados, su ferocidad leyendera y entonces, quizá, encuentre algo del otro lado. Acaso Absith, antes del ataque mandobliano de Xinaj'aan, quizá a tiempo para una advertencia. Porque detrás de La Nulia, el tiempo no es.

Los mandoblianos aguardan removiendo la tierra boyante de la ribera de La Nulia. La miran. Ella los ignora con su majestad de úl-

tima superviviente de una urbididad que existió. Ella, si es ignorada, también es Absith, la abatida por el husmoque. Ella es la verdad que los hijos de Ventira temen. Ella está hecha para degustar La Nulia con toda su piel.

VI

Ella se desnuda.

Los ojos mandoblianos mordisquean, codician, babean. Las mandoblianas miradas lamen con miedo aquella piel que por instantes imprecisos parece diluirse como hace la Niéfoga Prohibida. Ella, la hija de Absith es una entealequia silenciada por túnicas volantes. Ella. La Nulia. La Itérida, que tan lejana parece, como la Media Uribidad.

Los mandoblianos saben que si entra en La Niéfoga Prohibida, su trabajo habrá terminado. Que si permanece más tiempo desnuda sobre las piedras lisas, tendrán que prenderla o matarla. Ni siquiera empuñan sus estoques, las mandoblias temibles que les han dado ese nombre. Y ella respirando como quien va a zambullirse.

Ella se acerca a La Nulia. La punta de sus pechos ha sido tragada por la Niéfoga Prohibida. No ha entrado en la Nulia. No está fuera de ella. Sus manos se posan sobre el muro lechoso, ondulante, en que inicia el mar de La Nulia. Lo rozan apenas, como quien acaricia un félido mullido y dado a la molicie, pero no se pierden en ella.

¿Habrá entrado Ella a La Nulia? ¿Regresó de allá a donde no se hubo marchado? Los mandoblianos se miran consternados por esa muliera. No olvidan, tampoco lo dicen. Es la hija de Absith. Hunde más sus senos en la Niéfoga Prohibida.

Un tribal ferranio, con su monumental melena y su coraza erizada de cuchillas, se insinúa en la espesura de la Nulia. Los man-

doblianos lanzan las manos a sus estoques. El ferranio está quieto. De su sinextra sobresalen los colmillos envenenados que cuentan. Sonríe o eso parece. No traspone la Niéfoga Prohibida.

Ella no lo ve. Lo intuye.

VII

Los ojos de ella están llorando la muerte de Absith, la hermosa. Ahora sabe que La Nulia le pertenece, podría afirmar que de su llanto callado ha nacido. Los ferranios son suyos entonces. Los mandoblianos le pertenecen por miedo. Sabe que sus estoques no la tocarán siquiera. Se separa de la Niéfoga Prohibida. Sale a la ribera. Se viste con parsimonia inacabable.

Los mandoblianos son casi mudos de ojos, ciegos del habla, casi. Ella es La Nulia y La Nulia no puede ser herida. Ya volverá. La Niéfoga Prohibida siempre la espera. Absith vive todavía, a pesar del husmoque. Ventira morirá en el pasado. Ya volverá a La Nulia. Quiere estar sola la próxima vez. La última.

El ferranio tribal da la vuelta, se pierde. Perseveran pávidos los mandoblianos en asir sus estoques por si acaso volviera.

Juan Pablo Picazo

(Cuernavaca, 1967)

Escritor y periodista. Es autor de *Palabras pendientes* (Sedesol y Gobierno del estado de Morelos, 1995), y *Crónicas de la Ciudad Tlahuica y otros cuentos* (UAEM, 2000). Su obra ha sido antologada por Margo Glantz en *Flores de baria poesía* en la Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México (No. 474, julio de 1990); en *Letras y andanzas* (Perro Azul, Cuernavaca, 2005), en *Las virtudes* (Alforja, 2007) y *La Calle: domicilio conocido* (Ediciones Clandestino, 2010).



Ex Libris
Diaboli
Lingua

Fraknos y la bruja
un libro de Juan Pablo Picazo
se editó en septiembre de 2020 en
el antiguo barrio de La Carolina
Cuernavaca, Morelos
y se compartió libremente.
Derechos reservados el autor y
Lingua de Diablo Editorial.